

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Domingo 1.º de Junio de 1862.

Núm. 35.

EDUCACION ESTÉTICA.

BELLEZA DE LA EXPRESION.

La muger, mitad la mas bella del linaje humano, ofrece con mucha frecuencia tipos de una belleza física extraordinaria, pero que en un conjunto proporcionado y armónico deja ver una falta absoluta de expresion y de vida espiritual que la hace desmerecer á nuestros ojos, sin embargo de que reconozcamos en ella sus perfecciones orgánicas. Esta belleza, que los hombres del arte llaman belleza plástica, impresiona favorable, pero instantáneamente, y no es por cierto la que tiene para nuestro corazon grandes atractivos y encantos; no es la que inspira íntimos y poderosos afectos, ni la que interesa y mueve nuestros nobles y elevados pensamientos. Los fisonomistas atribuyen este género de belleza á que la regularidad y proporcion que existe entre los diferentes rasgos de la fisonomía, así como entre las partes todas del cuerpo, faltan por completo entre este y el alma, dejando de ser aquellas indicio seguro de las bellas cualidades de esta, como debiera, por la estrecha relacion que ha de haber entre lo físico y lo moral de la naturaleza humana.

La expresion de la fisonomía es el resultado directo del imperio del alma sobre el cuerpo, por mas que filósofos y naturalistas hayan asegurado que no procede sino del simple desarrollo de los rasgos marcados de antemano por la naturaleza. En su consecuencia, la fisonomía anuncia el carácter y todas

las cualidades, sentimientos y pasiones de la muger, de modo que por el estudio de su expresion se puede juzgar perfectamente del corazon, sin necesidad de acudir á misteriosas explicaciones que suponen conocimientos imposibles; porque del estado habitual del alma resulta una expresion constante de sus afectos, cuya huella imprime á la fisonomía rasgos que el tiempo hace indelebles.

Pero la armonía entre lo físico y lo moral no es siempre, ni aun en el mayor número de casos, debida solo á la naturaleza; procede, por el contrario, de la fuerza de nuestra voluntad, robustecida por el trabajo de la educacion. Parecerá extraña semejante doctrina á quien, reflexionando sobre los buenos principios que en otras ocasiones hemos sentado, recuerde que no há mucho dijimos que las leyes que presiden al desarrollo de la condicion humana, se reasumen en la conservacion de una completa armonía entre los diversos órdenes de facultades que reconocemos en el individuo. Armonía propia de nuestra naturaleza, en la que estriba la realizacion de nuestro destino. Mas nadie puede dudar que si nada hay mas cierto que esa relacion, ó mas bien, ese equilibrio armónico con que el Creador ha querido que la criatura humana puede llegar á la posesion de los bienes que están en conformidad con los fines de su existencia, nada es tampoco mas indudable que es propio en nuestra condicion romper y pervertir con nuestros mismos actos esa armonía que tiene su raiz en la naturaleza, cuando falta una direccion cuidadosa y constante para

conservarla y favorecerla, que es en lo que se reasume la educacion.

Esta, pues, es el gran resorte para llegar á la belleza de la expresion por medio de la belleza moral, que ella puede crear, guardando una armonía parcial ó completa con la belleza física: lo cual es del mayor interés para la muger, porque de este modo puede reunir en sí misma recursos con que suplir las dotes que le negó la naturaleza; y hasta adquiere algunas que de otra manera jamás hubieran brillado en su rostro. Sin embargo, debemos apresurarnos á consignar que hay casos en que el organismo físico está tan caracterizado, que se hace rebelde á toda accion ó esfuerzo que tienda á modificarlo; por lo que observamos á veces tal desacuerdo entre el exterior y el interior de la muger, que hace falta la expresion de su fisonomía. Por esto se puede encontrar en ella un organismo delicado, cuya aparente expresion nos inspire simpatía y confianza, pero que vaya asociado á una alma viciosa, al paso que en un cuerpo defectuoso, ó una fisonomía dura y repulsiva guardando un alma excelente. Tambien hallamos fisonomías con rasgos indecisos, vagos ó contradictorios, que no permiten reconocer una belleza expresiva, hasta que un carácter moral perfectamente definido aparece dando vida á todo el exterior, haciendo resaltar la actividad y el orden que sobresalen en la vista y la expresion de un fin determinado y resuelto.

Esto nos dice bien claro que la educacion en la muger es el inmenso bien que, en mas alto grado aun que al hombre, puede realzar su mérito y hacer su dicha. Porque si la naturaleza ó la casualidad le ha dado un cuerpo deforme ó un exterior desgraciado que la hagan á primera vista ridícula ó repugnante, puede por el cultivo de su espíritu engrandecer sus cualidades morales y elevar su alma hasta vencer la materia y darla una bella expresion, cuyos rasgos característicos cubran su fealdad con un colorido agradable. En prueba de esa verdad, recuérdese el exterior

de Sócrates, la deformidad de Descartes y la poco bella organizacion de tantos individuos de ambos sexos, de nombres imperecederos, que lograron cautivar la atencion de los que saborearon su trato, por la belleza de la expresion, debida á la elevacion y grandeza de sus almas. Las cualidades morales que constituyen el carácter, son, pues, las que dan expresion á la fisonomía, en relacion con su bondad ó malicia, constituyendo esa belleza ó deformidad que inspira los afectos ó repugnancias motivadas en el corazon de los demás, ya se apoyen en una condicion física análoga, ya modifiquen una diferente para que le sea armónica. Así vemos que en los caracteres buenos, cuya belleza consiste en el orden y la fácil manifestacion de la vida espiritual, la bondad, la serenidad de alma, la nobleza, la dignidad, la franqueza, la dulzura, la constancia, dan á su expresion la belleza; y por el contrario, aquellos caracteres que se manifiestan por la bajeza, la envidia, avaricia, orgullo, hipocresía, revelan el desorden del espíritu y dan á la naturaleza física una expresion desagradable y antipática. La primera condicion, pues, de la belleza permanente en la expresion de la naturaleza física de la muger, es tener un carácter moral bello; porque con él modifica los rasgos culminantes de la forma exterior y hace siempre agradable su efecto. Pero en este punto es necesario prevenirse contra toda belleza engañosa, que entonces será una verdadera deformidad espiritual, lo cual sucede cuando hay desacuerdo entre la apariencia y la realidad, es decir, entre la expresion y las cualidades morales del carácter; fenómeno harto frecuente por desgracia, en aquellos que, no habiendo recibido estas de una provechosa educacion, están dotados de una superioridad de talento bastante á darlos á conocer sus propios defectos, los medios capaces de ocultarlos y una fuerza extraordinaria de voluntad para dominarse y dominarlas. En estos casos, si la belleza física ó exterior acompaña á la unidad, el orden y la energía en la manifestacion de la fuerza

vital, condiciones de la expresion de la belleza, pero existiendo verdaderamente en su fondo una deformidad espiritual, el tipo que ofrece la muger, solo merece estimacion bajo el punto de vista artistico, cuyo mérito es tan fugaz y perecedero como el corto período en que la energia de la vida fisica se mantiene en su mayor fuerza y puede ocultar el tinte fatídico con que mas tarde cubre á la fisonomía el predominio de las malas cualidades del carácter.

La expresion de la belleza no procede solamente de la belleza fisica en armonía con los rasgos que imprimen á la fisonomía las cualidades del carácter moral, sino tambien de los que le comunican las pasiones y sentimientos aislados, que son, por decirlo así, caracteres del individuo en accion. La expresion que estos dan al rostro de la muger, será bella si los sentimientos que la acasionan lo son en sí mismos bajo el concepto moral; porque la vista y todas las partes móviles del cuerpo que á ella contribuyen, se subordinan á la unidad y sencillez, claridad y orden con que deba producirse la manifestacion de expansion ó repulsion que les es propia, á la alegría ó el dolor que expresan con toda la belleza del impulso que los ocasiona. Conviene por tanto que la educacion extienda sus medios á la direccion de los sentimientos y pasiones morales, no solo porque así cumple á sus fines inmediatos y directos, sino por lo que hace á su influencia sobre la belleza de la expresion en la muger. Pero es de advertir que en esta parte la educacion ha de encaminarse tanto á los signos y conocimientos exteriores que revelan su existencia, como al desarrollo gradual de sus gérmenes en el corazon en que están llamados á arraigarse y fructificar. Así, no solo se ha de cuidar de la claridad, sencillez y distincion en las actitudes, movimientos y gestos propios de cada sentimiento, sino de la verdad y candor en su expresion; porque las primeras dan por resultado el orden y regularidad inherentes á la armonía; y las segundas la libertad de accion que,

sin contrariedad ni cálculo, revela el fondo del sentimiento ó la pasion que es su móvil. Una vez sometida la muger en su infancia á la práctica no interrumpida de estos preceptos y sus reglas indeclinables, y acomodada en sus hábitos á las exigencias de su espíritu, que por hábito ha de buscar siempre la libertad y expansion que corresponde á sus manifestaciones, estas serán en el orden físico tan cumplidas y extensas que dejen en el exterior la marca indeleble de su belleza, hasta en los casos mas extraordinarios. De otro modo, la risa, el llanto y la desesperacion carecerian de belleza, y por tanto á verdad, si no fuesen acompañados de la fuerza necesaria para producir las contracciones, movimientos y desorden que le son propios.

Tambien la voz es un medio de expresion para los sentimientos y pasiones, que independientemente de las articulaciones ó modificaciones consiguientes al lenguaje, es susceptible por sí misma de una belleza puramente fisica y otra expresiva; la primera procedente solo de su sonido ó timbre, y la segunda de las entonaciones ó inflexiones que la comunica el sentimiento. De aquí el que el sonido que ella produce en cada una de sus emisiones, es de un timbre tanto mas bello y agradable, cuanto mas lleno y dulce. Si á esto se agrega la variacion á que la sujetan el lenguaje y el acento, hallaremos en la voz una expresion verdaderamente espiritual, que manifiesta las ideas y sentimientos hasta en sus matices mas fugitivos. Este medio de expresion, poco cuidado generalmente durante la educacion, es el que de ella reclama un estudio mas sério y detenido, especialmente en la muger, á quien tan bien sientan sus dulces y armoniosos sonidos.

Por último, y para suspender hoy en las indicaciones mas generales sobre tan importante materia, téngase muy presente por las madres de familia que la verdadera belleza de la expresion consiste en la espontaneidad, que es la que mejor revela la condicion espiritual del individuo: que esta se consigue de una

manera mas completa, cuando penetrados del pensamiento lo comunicamos con naturalidad en todas sus ideas y sentimientos, eligiendo los medios exteriores mas adecuados de entre los que tenemos á nuestra disposicion, para revestir de las formas mas sensibles el ideal que envuelve en sí mismo. La expresion verificada de esta manera, refleja perfectamente la actividad de nuestro espíritu, como un poder que lleva sobre la naturaleza exterior la influencia de una belleza, que es en la muger tan interesante y mas que su belleza física. A una buena educacion puede debérsela en gran parte, la que no reciba este don de la naturaleza.

L. R. Y P.

LOS PRIMEROS DERECHOS Y DEBERES

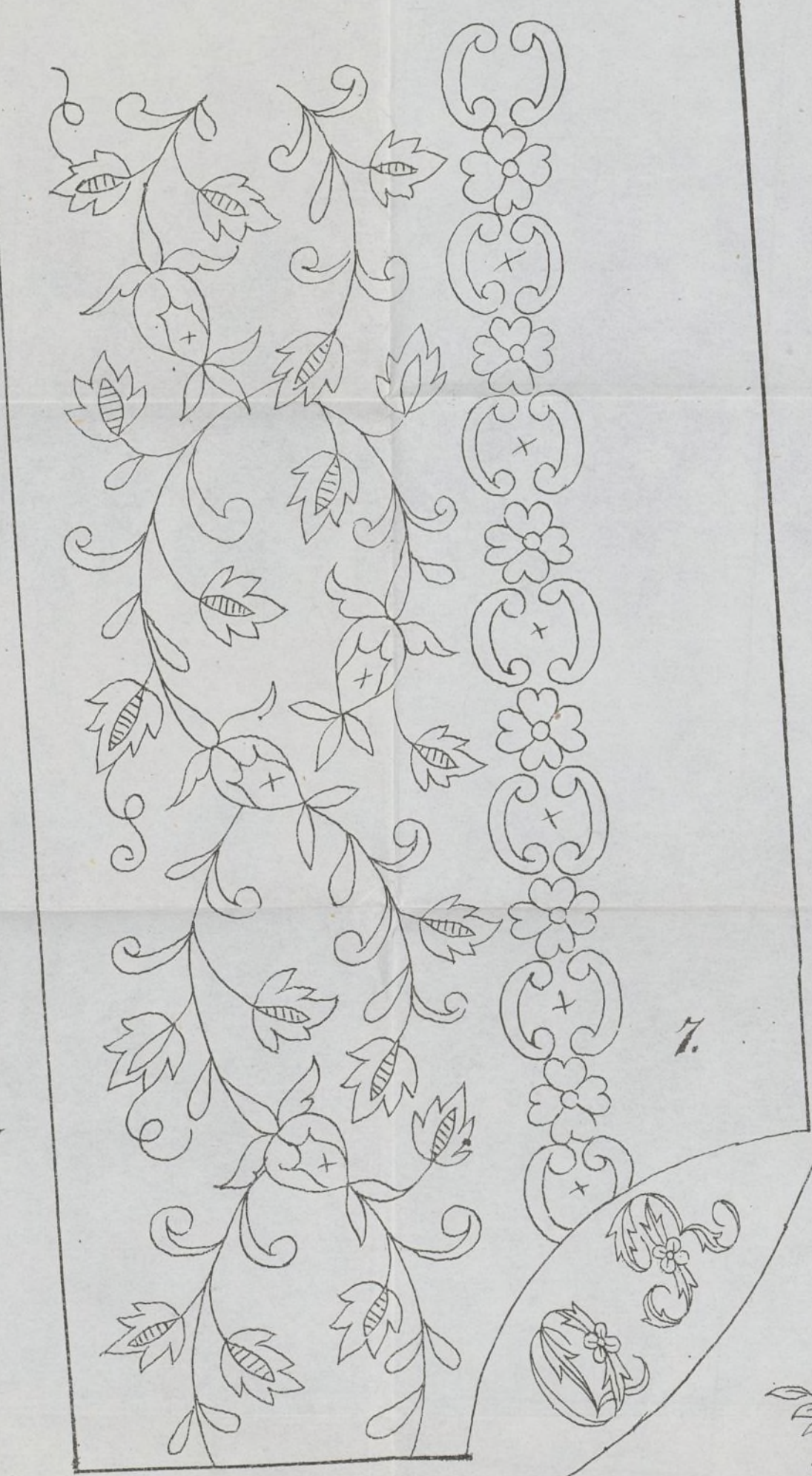
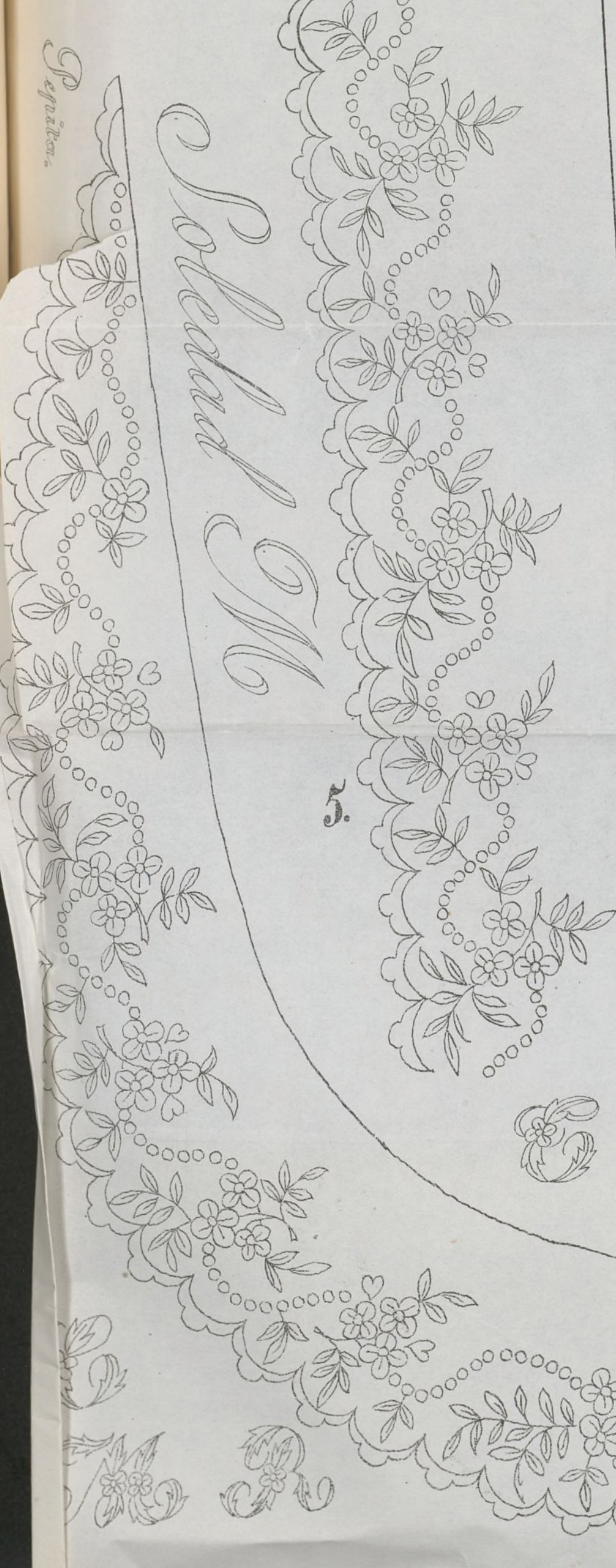
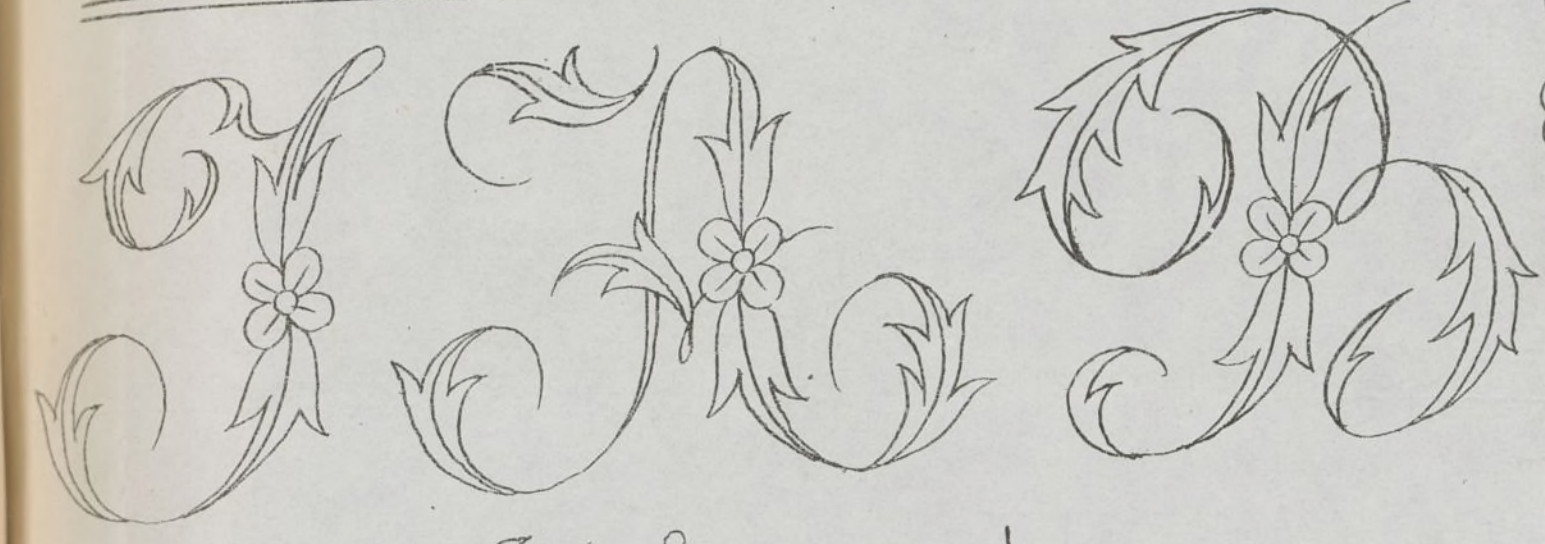
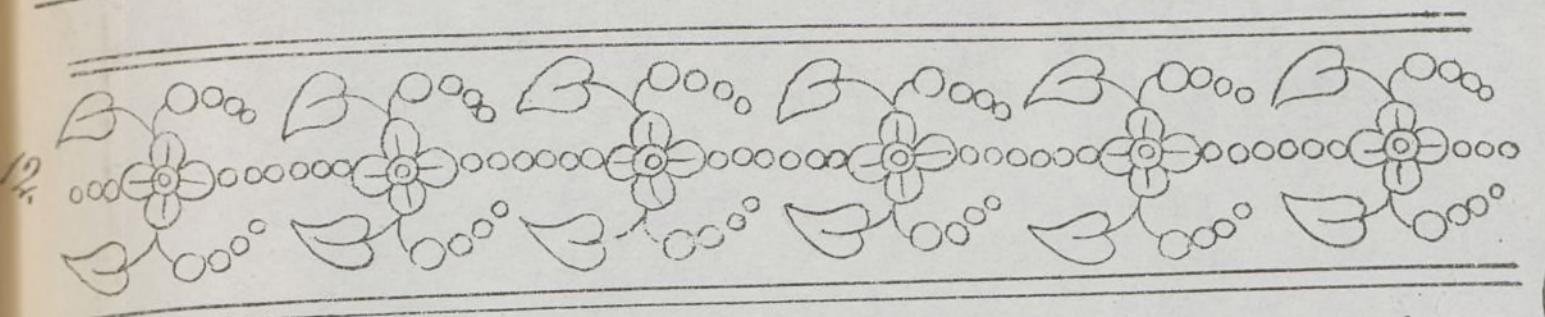
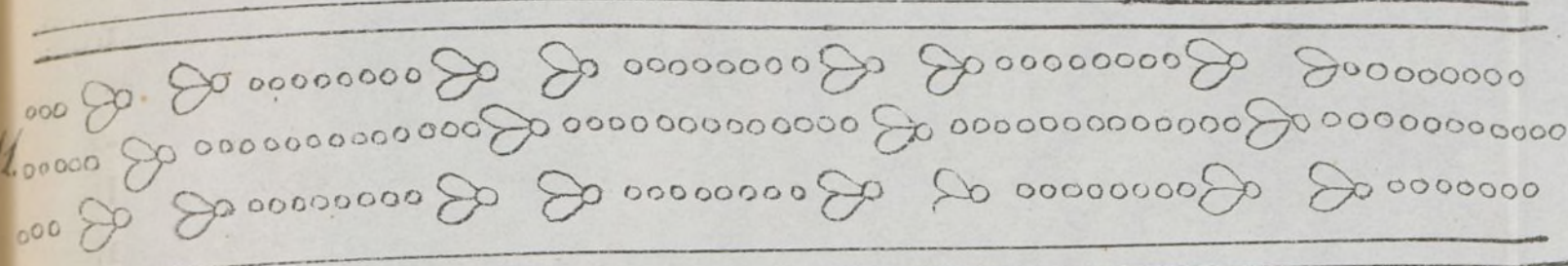
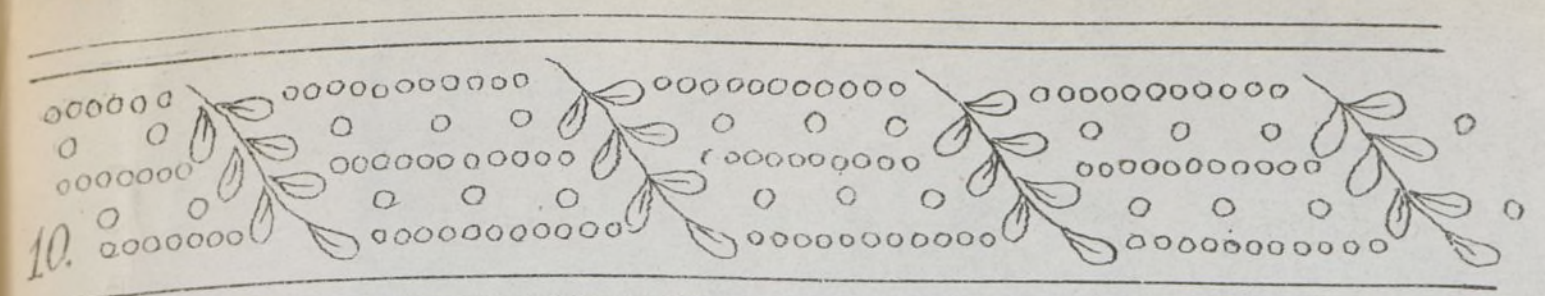
DE LA PATERNIDAD Y DE LA MATERNIDAD.

Los que han pretendido arrebatarse los hijos á la familia para confiarlos á la sociedad, al Estado, han cometido un grande error; porque semejante aspiracion tiende á imponer á la sociedad una carga onerosa, de la cual no puede ser responsable. El Estado no tiene derecho sobre el niño, porque no está ligado á él por ningun lazo determinado, ni puede ofrecer para él suficientes garantías, ni prestarle una solicitud sino vaga y general, ya que no sea parcial, en favor de aquellos de quienes espere mas ventajas. A los padres, por el contrario, corresponde tener á su cargo al niño, puesto que sin ellos no hubiera existido; pero, por lo mismo, este deber les crea un derecho, porque ¿cómo serian responsables del sér á quien han dado la vida, si no pudiesen disponer de él hasta cierto punto? Entre los padres y los hijos hay un lazo físico, un lazo de corazon y un lazo de razon: ninguna otra autoridad se funda en principios mas naturales, ninguna es mas necesaria, ninguna está rodeada de mayores garantías.

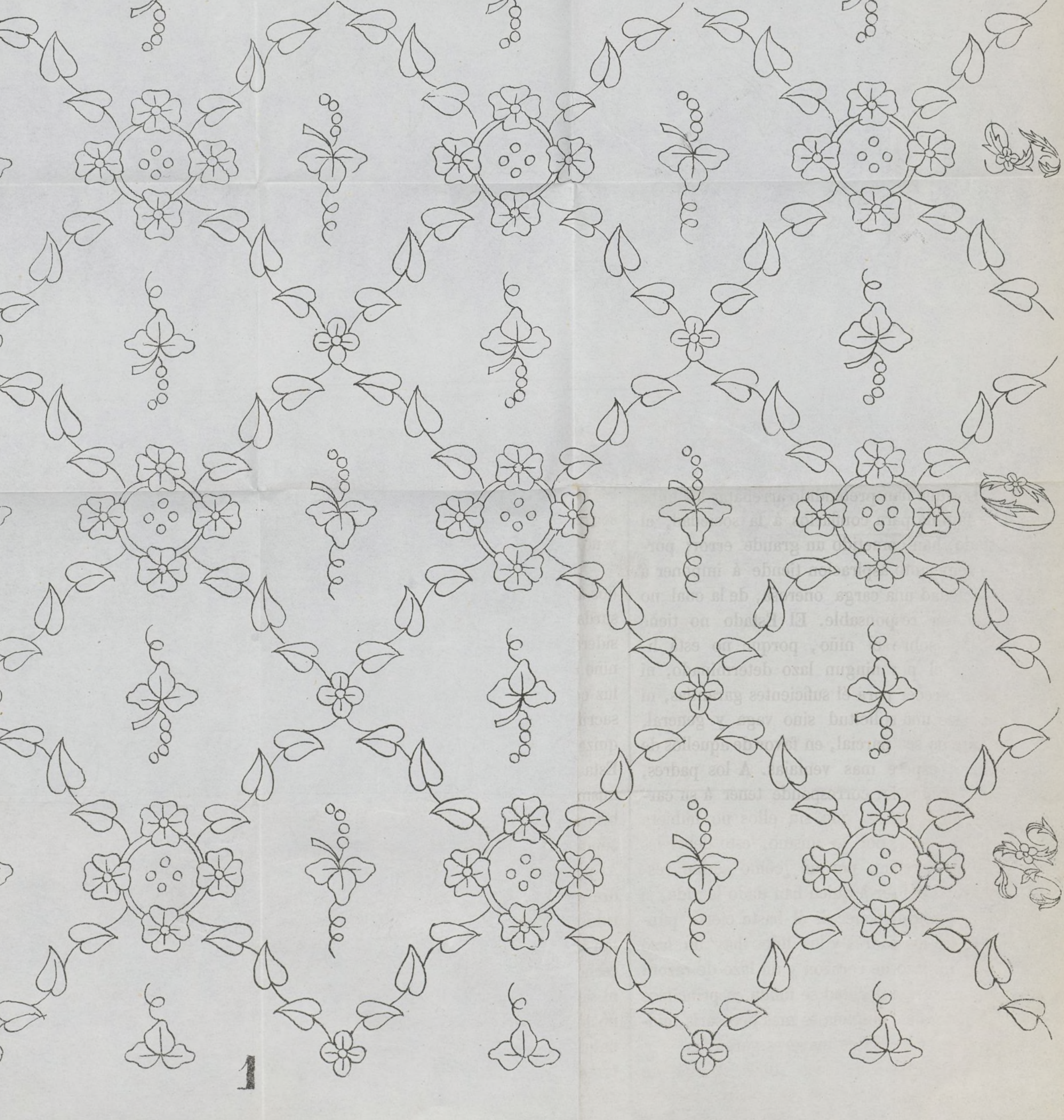
Pero los padres tienen sobre el niño un derecho de autoridad, no un derecho de pro-

piedad. En Roma era un abuso de la autoridad paterna el derecho de vida y muerte sobre los hijos, el derecho de venderlos, y en fin, de disponer de ellos como de una cosa: todo el poder del padre sobre el niño está limitado por el interés y los derechos del mismo niño; y mas allá de lo que puede ser útil á su existencia física y moral, el padre nada puede. En aquel exorbitante derecho con que los padres podian condenar á sus hijos á la muerte ó á la esclavitud, estaba confundido el poder paterno con la magistratura política: el padre no representa á la sociedad, sino al niño, porque es la razon del mismo niño; y ni la familia debe usurpar el gobierno político, ni el Estado el gobierno de la familia. La ley ha tenido razon para destruir aquella autoridad mal entendida, que hacia del padre un juez, en vez de un verdadero padre; y si bien es cierto que el ejercicio de la autoridad paterna se ha hecho, por lo mismo, mas difícil, lo es tambien que el padre debe ser respetado por el carácter de su autoridad, y no como armado de la fuerza pública.

La doctrina que pretende arrancar los niños á la familia para darlos al Estado, es absurda é irritante, sobre todo cuando se considera la relacion de la madre con el hijo. El niño que ella ha llevado con fatiga, y dado á luz con peligros y dolores; el sér á quien ha sacrificado su frescura, su belleza y su salud quizá, ¿á quién pertenece sino á su madre? Esta madrastra, la sociedad, ¿se tomara los mismos cuidados, haria iguales sacrificios, sabria olvidarse de sí misma, tendria semejante condescendencia para la debilidad del niño? Al poner la naturaleza en el seno de la madre el primer alimento del niño, ¿no ha querido establecer entre ella y él una relacion tan manifiesta que hace incontestables sus derechos? Sostener que la leche, que no sube ni sale hasta despues del nacimiento del niño, no le ha sido preparada y destinada por la naturaleza misma, sino que debe ser indistintamente distribuida á todos los niños de la misma edad, por órden y por eleccion del



LA EDUCANDA.
Junio, 1862.
Cuerlas, 28, principal, Madrid.



Estado; reducir de este modo á la muger, como madre y como nutriz á la condicion de funcionario público, es una idea bárbara y brutal que no podemos perdonar al divino Platon.

Y aquí se nos presenta la gran cuestion de saber si las madres deben amamantar á sus hijos; cuestion que algunos eminentes moralistas han sostenido afirmativamente con inspirada elocuencia, aunque no sin encontrar una oposicion algo fundada. Si la moral continúa abogando por la causa de la lactancia materna, la medicina por su parte no le es muy favorable, al menos en las clases ó condiciones sociales en que cierta delicadeza de organizacion, una vida demasiado sedentaria, mucha viveza de imaginacion y una excesiva sensibilidad suelen hacer peligroso para el niño el alimento que una naturaleza viciada le ofrece en la madre. Pero felizmente la Medicina y la Moral pueden entenderse, porque seria absurdo, por una parte, que la Moral exigiese que un manantial de vida llegase á ser un manantial de muerte; y por otra, la Medicina, hablando en nombre de la salud, no puede ir contra la naturaleza, que exige que la muger dé su leche al hijo de sus entrañas, siempre que físicamente pueda, allanando cuantas dificultades surjan de su posicion social ó de sus hábitos; y en su defecto, sus tiernas caricias é infatigables cuidados: si su salud lo permite, la madre debe superar los obstáculos exteriores á ella misma para llenar tan sagrado deber.

Hay en la madre dos cosas: la leche de la nodriza y el afecto maternal. Los que exigen la primera se proponen obtener la segunda; pero la lactancia no es la parte mas importante de los deberes de la madre, pues hay muchas mugeres que son buenas nodrizas y medianas madres, porque tienen los pechos llenos y el corazon seco; y en cambio las hay que son malas nodrizas y muy buenas madres, esto es, que aman entrañablemente á su niño, que se entusiasman hasta el delirio, gozando sus primeras sonrisas, sus primeras gra-

cias, que solo ceden á la nodriza la lactancia, y que guardan para sí todos los demás cuidados; cuidados muy nobles, puesto que son el signo de un dulce y gran deber cumplido con paciencia.

Esos cuidados son el verdadero deber de una madre; pero ¿necesitamos decir que es deber cuando es un placer tan fácil y satisfactorio, puesto que toda buena madre mas necesidad tiene ordinariamente de ser contenida que estimulada en su abnegacion? Pero en fin, si olvidase que es un placer, habria necesidad de recordarle que es un deber; y si por desgracia, su interés personal ó su egoismo le tuviese cerrado el corazon, seria menester que ella misma se desgarrase el corazon, para que brotasen sus ocultos manantiales de ternura maternal.

J. T. L.

INFLUENCIA INTELECTUAL Y MORAL

DE LOS TRABAJOS DE MANO.

Algunos pedagogos han recomendado los trabajos mecánicos; los unos, como recurso contra la adversidad; los otros, como preferibles á las ocupaciones inútiles y peligrosas que estaban en boga en su tiempo. Nosotros, sin rechazar estos motivos, que están fundados en la razon, nos colocamos en otro punto de vista y los recomendamos como medios eficaces de educacion intelectual, como poderosos instrumentos de civilizacion: el trabajo y la industria son para las naciones las mas seguras garantías de prosperidad, como son para los individuos los manantiales mas puros de prosperidad é independencia.

Las ocupaciones manuales en la educacion de la muger, deben alternar con los estudios elementales, y aun precederlos, no solo porque en el orden natural, el desarrollo de las facultades físicas se anticipa al de las facultades mentales, sino porque, exigiendo la cooperacion de la inteligencia, ayudan á su cultivo.

En efecto: los trabajos de mano ejercitan particularmente la atencion y la percepcion; estimulan el espíritu de observacion y de invencion; habitúan la inteligencia á formar planes, y desenvuelven todos los recursos intelectuales.

La práctica de un arte, y aun del mas sencillo que pueda ejercitar una muger, es siempre la aplicacion de algunos principios científicos; y si se familiariza á las niñas con los hechos que estos principios generalizan, se les hará mas interesante y provechosa la adquisicion de nociones con las cuales tendrán ocasion y medios de hacer aplicaciones útiles. En la vida activa, la union de los hábitos prácticos y de las adquisiciones intelectuales, es tan útil á la muger del capitalista como á la del menestral.

El talento mecánico en la muger, dá origen á trabajos domésticos muy importantes para las familias, bajo el punto de vista de la comodidad y de la economía; y si se habitúan las niñas, desde muy temprano, á manejar los útiles especiales de las labores propias de su sexo, si se les enseña á trabajar tambien el papel, el carton y otras materias, á medida que el progreso de su desarrollo físico permita aumentar la dificultad, adquirirán un talento mecánico que no podrá menos de ser muy útil á ellas mismas y á los demás, en el curso de la vida. Las mugeres que mas se distinguen siempre por su accion favorable á la prosperidad de la familia, dan pruebas de ser ingeniosas y hábiles, haciendo con sus propias manos muchos objetos de utilidad.

Los trabajos manuales no solo tienden al perfeccionamiento físico é intelectual, sino que ofrecen tambien grandes ventajas bajo el punto de vista moral, pues forman un lazo de simpatía entre la muger rica y la proletaria, recordando á ambas que el trabajo es una condicion de la vida humana; calman las propensiones sensuales, ejercitan la paciencia y la perseverancia, y dan, con la templanza, paz al corazón: nunca dejan de contribuir á la felicidad, puesto que el ejercicio de todas las facultades físicas, morales é intelectuales satisface una de las necesidades mas imperiosas de nuestra naturaleza.

Todos los ejercicios corporales contribuyen al desarrollo físico; pero dirigidos á un objeto útil, son doblemente provechosos y ofrecen mayor interés, que si solo se emprendiesen como pasatiempo ó con miras determinadas respecto á la higiene; sobre todo, el cultivo de las facultades de los niños, por medio de los trabajos manuales, se debe dirigir ofreciendo la perspectiva de ser útil á sus semejantes, haciendo su educacion física auxiliar de su educacion moral.

T.

LA PERLA DEL GUADALETE.

I.

Por los años de 1790 vivia en la calle de Pedro Alonso, de Jerez de la Frontera, una familia de modestos labradores, cuya hija única, tan virtuosa como bella, era conocida en todo el barrio de San Miguel con el nombre de *La Perla del Guadalete*.

Alta, morena, de ojos negros, de mirada dulce y cariñosa, y con ese garbo que solo tienen las hijas de Andalucía, de ese país que no sin motivo llaman los extranjeros el paraíso de Europa, Consolacion Vargas era el orgullo de sus padres y el martirio de veinte adoradores que en vano suspiraban todas las noches al pié de sus rejas.

Pero entre todos los corazones presos por los hechizos de la hermosa Consolacion Vargas, ninguno mas locamente apasionado que el del jóven aristócrata Diego Lopez Rivero.

Descendiente de uno de aquellos gloriosos capitanes que ayudaron á Isabel I á clavar el estandarte de Aragon y Castilla en los muros de Granada, Rivero habia heredado de sus mayores un nombre sin mancha, impetuosas pasiones y considerables riquezas; pero no su valor y su heroísmo.

Cobarde por naturaleza, fuerte y orgulloso con los débiles, humilde con los fuertes, astuto, caprichoso, antojadizo y tenaz en sus propósitos, Diego Lopez Rivero profesaba el principio «de que no hay medio, por reprobado que sea, que no deba ponerse en práctica para conseguir el objeto que uno se propone.»

Tan perniciosa doctrina conduce á los que la profesan hasta el crimen.

Tal era el amante, mejor dicho, el perseguidor de Consolacion de Vargas.

II.

Eran las nueve de una hermosa noche del mes de mayo.

Las estrellas brillaban en el azul del cielo, sin que una nube empañase sus pálidos fulgores.

En el cuartucho de una taberna, sita en la esquina de la calle del Sol, dos hombres bebían mano á mano, sentados á una tosca mesa de pino. Un candil enganchado en el agujero de una caña suspendida del techo, alumbraba la escena.

—Conque, Gil,—decía uno de los personajes, vestido lujosamente, aunque sin gusto ni elegancia,—¿te acomoda el negocio?

—No hay mas que hablar, señorito.

—Ese hombre me estorba....

—¡Cuéntelo usted con los muertos!

—¿Errarás el golpe?

El personaje interpelado,—que por su largo *sayal* de botones de cobre, dejaba conocer su profesion de viñadero,—sacó un enorme cuchillo y lo clavó en la mesa.

—¿Cómo encuentra *su mercé* este palillo de dientes?

—¡No es malo!

—Pues *carcule su mercé* si se escapará el prójimo en teniéndolo en el cuerpo.

—Corriente. Ya sabes que doblo la suma si te portas en regla.

—¿Y dónde veré á *su mercé*?

—En mi casa.

—¡Pues no hay mas que hablar!

Diego Lopez Rivero, puesto que no era otro el primero de los dos personajes, llenó un vaso y dijo á su interlocutor:

—¡A tu salud, Gil!

—¡Por el eterno reposo del alma del difunto!

Y el maton apuró el vaso hasta la última gota.

Diego se puso en pié, se embozó hasta los ojos en su capa color de grana, y ambos salieron á la calle.

—¡Hasta mañana, Gil! —dijo apretando la callosa mano del bandido.

—¡Vaya *su mercé* con Dios!

—Cuida que no te echen el guante.

—La cuenta es mia, porque no tengo gana de visitar el *presillo* por esa friolera.

Dicho esto, echaron por opuestas direcciones, y ambos se perdieron entre las sombras.

III.

A la misma hora en que pasaba la anterior escena, Alvaro Enriquez, novio de la hermosa Consolacion de Vargas, llegaba á la reja de *La Perla del Guadalete*, despues de haber dejado su caballo cubierto de sudor en la posada vecina.

Alvaro era natural de Arcos y habia conocido á Consolacion en una gira campestre.

Desde entonces los dos jóvenes se amaron, y Enriquez corria á galope todas las noches las cinco leguas que separan á las dos poblaciones por venir á hablar un instante á Consolacion Vargas.

No bien se detuvo el joven junto á la celosía, esta se abrió, y apareció entre las sombras la hermosa cabeza de Consuelo.

—¡Que Dios te bendiga, luz de mis ojos!

—Buenas noches, Alvaro.

—¿Me esperabas?

—Como siempre.

—¿Con impaciencia?

—Sí.

—¿Qué tienes, *Consuelo* mio?

—¡No lo sé: estoy muy triste!

—¿Por mi causa?

—¡Oh, nó!

—¿Por causa de quién?

—¡De nadie! no tengo ningun motivo, ninguna pena... y sin embargo....

—¿No eres feliz?

—¿Cómo no serlo con tu amor?

—¡Bendita seas, mi Consuelo!

—Pero desde ayer me asaltan extraños temores.

—¿Temores de qué?

—¡No lo sé.... temo por tí!....

—¿Qué locura!

—Dime, Alvaro: ¿no te dá miedo atravesar de noche esos tristes olivares?

—¿Miedo, sobre los lomos de mi tordo y con mi retaco en el arzon? Cuando, al trasponer las murallas de Arcos, entierro las espuelas en los ijares de ese noble animal, se tiende en la carrera, y entonces mis piés rozan el barbecho de los campos, el viento azota mi frente y los olivos giran á mi alrededor con la misma rapidez que las hojas de otoño que barre el huracan; pero en medio de esa diabólica fantasmagoría, y destacándose del fondo de tinieblas en que se pierde el camino, veo....

—¿El qué, Alvaro?

—¡El rostro de mi hermosa jerezana y la bendita luz de sus ojos negros!

—¡Adulador!... ¡me habias asustado!... ¿Y al volver?

—¡Oh, al volver es diferente! *Moro* marcha entonces con perezoso paso, como si comprendiera que se queda atrás la mitad de mi alma.

—Alvaro,—repuso repentinamente Consolacion, como si respondiera á su propio pensamiento,—¡no vengas todas las noches!

—¿Por qué?

—Porque pueden acechar tu vuelta y asesinarte en el camino.

—¿A mí? ¡no seas niña! ¿A qué santo vienen esas ideas?...

Una sombra cruzó entonces por delante de la celosía.

Alvaro volvió la cabeza y murmuró en voz alta:

—¡Animal! ¿estás ciego?

—¿Qué es eso, Alvaro?

—¡Ese bruto, que no vé por dónde vá, y me ha clavado un codo en el costado!... ¿Por qué temes,—continuó el feliz amante,—que me suceda una desgracia?

—Escucha, Alvaro: anoche, despues que te fuiste, me quedé un rato en la reja. Apenas habias traspuesto la esquina, un hombre se aproximó y me dijo con voz siniestra....

—¡Consuelo!...—interrumpió Alvaro, tendiendo las manos hácia la celosía, en ademan desfalleciente.

—¡Dios mío! ¿qué tienes, Alvaro?

Y Consuelo de Vargas estrechó las manos de su amante, y arrojó un grito al encontrarlas frías como el hielo.

—¡Que el golpe del hombre.... de ese infame.... fué una puñalada!...

Un vómito de sangre apagó su voz y anegó el rostro de Consuelo.

Las rodillas de Alvaro se doblaron, y la *La Perla del Guadalete* cayó de espaldas, presa de un horrible paroxismo.

A la mañana siguiente, y en un salón de la casa de Vargas, seis hachones de cera derramaban su pálida luz sobre dos cadáveres.

IV.

Seis meses despues, en una lluviosa noche del mes de octubre, un hombre llamaba á la portería del famoso convento de la Cartuja, situado á orillas del Guadalete y á tres cuartos de legua de Jerez.

—¿Quién llama?—preguntó el portero.

—Abra, hermano.

—¿Qué se le ofrece á esta hora?

—Vengo á buscar un confesor para un hombre próximo á morir.

El portero recorrió el cerrojo.

—¿A dónde está ese hombre, hermano?

—Ahí cerca, sobre el puente.

—¿Háale ocurrido alguna desgracia?

—¡Le ha llegado su última hora, y paga una deuda.... que todos hemos de pagar!—añadió el desconocido con sordo acento.

—Pues espere, hermano, que avise al padre prior.

Cinco minutos despues, un fraile marchaba con el desconocido hácia el puente.

Seis hombres embozados en anchas capas se hallaban apostados entre los árboles que daban sombra á los pilares del extremo occidental.

—¿Y el moribundo?—preguntó el religioso en cuanto llegaron.

—¡Aun no ha venido!—respondió el acompañante.

—¡Que aun no ha venido!

—¡Nó, pero no tardará! Siéntese, hermano, sobre esta piedra.

El fraile se estremeció, creyendo que se trataba de algun crimen por robo, tan comunes en aquella época. Luego, dirigiéndose al grupo que formaban los siete hombres:

—Hijos míos,—les dijo,—pensad en lo que vais á hacer....

—¡Padre,—interrumpió el que parecía jefe de la partida,—no somos bandidos ni vamos á sacrificar á ningun inocente, sino á castigar á un culpable sentenciado por la justicia de Dios!

El galope de un caballo se dejó oír al extremo opuesto del puente.

Un hombre se deslizó, ágil como un tigre, á lo largo de la balaustrada, y se enderezó repentinamente, gritando con voz de trueno:

—¡Alto!

El jinete se detuvo.

—¿Qué se ofrece?

—¡Echa pié á tierra!

Y para dar mas fuerza al mandato, el desconocido enderezó el cañon de su escopeta hácia el jinete.

—¡Si quieres mi bolsillo, tómallo y déjame pasar!—repuso el recién venido.

—Guarda tu dinero, miserable.... y apéate del caballo.

—Pero, ¿qué quieres entonces de mí?

—¡Quiero tu vida!

Y asiéndole con vigorosa mano de la capa, le obligó á descender á tierra.

Los seis hombres cercaron al caballero, cuyos dientes castañeteaban de pavor.

El jefe de aquella banda continuó:

—¡Diego Lopez Rivero, eres un imprudente! Cuando se tienen *deudas* como las tuyas, no debe uno aventurarse á cruzar de noche por caminos desiertos. ¡Ahí tienes, un religioso; ¡confiésate, y encomienda á Dios tu alma, porque vas á morir!

—¡Morir!...—exclamó Rivero con los ojos desencajados por el espanto.—Pero, ¿qué te he hecho yo?.... ¿quién eres tú que así me hablas?

—¡Soy.... el brazo vengador de Alvaro y de Consuelo!... ¡Soy Ginés Enriquez!—añadió hablándole al oído.—¡Confiésate, ó vá el demonio á llevarse tu alma con mas rapidez que llevarán tu cuerpo las aguas del río!

—¡Oh! ¡gracia!... ¡piedad!... no fui yo quien le mató.

—¡Tienes quince minutos, Diego!.... ¡despáchate!—continuó el inflexible Enriquez.

—¡Hermano,—exclamó el religioso,—perdonad á este hombre, ó haced que le castigue la justicia humana!...

—Padre, ese hombre necesita vuestros auxilios: dádselos pronto, porque de otro modo se vá sin ellos á cenar con el diablo.

Y á una seña de Enriquez, el silencioso grupo se dividió en dos secciones, que fueron á ocupar las entradas del puente. El religioso y Rivero quedaron solos sobre la balaustrada de piedra.

Pasaron quince minutos.

Cuando el reloj del convento dió las once, Enriquez se acercó de nuevo, y dijo al sentenciado á muerte:

—Ahora, ¡á caballo!



406

Imp. Marden

LA EDUCANDA.

Ayuntamiento de Madrid

deberá seguir, cuando hayé la guita de un arroyo...
el momento en que fustione estas espaldas en el...
Estos dos hombres de tan diferente aspecto se miran...
con una sorpresa; pero el extranjero, que no era...
de a perder el tiempo, dijo en seguida:

—Podrías indicarme el camino que debo seguir...
hacer al jardín de las Hesperides?

—Al fin esta pregunta, Pánela se sorprendió...
dijo:

—El jardín de las Hesperides está...
cerca, pero para verlo debes ir a un sitio...

—¿Dónde?

—En el monte que hay tres manzanas de oro...
que me las he perdido.

—¿Cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el monte de las Hesperides...
está en el monte de las Hesperides.

—¿Y cómo se llama?

Rivero vió el cielo abierto: creyó que le perdonaban, y trémulo de alegría, subió sobre su corcel.

—¡Oh, gracias!—murmuró.

—¡Imbécil!—exclamó Enriquez sordamente.—¿Imaginas que no he querido sino asustarte?

Y cogiendo la brida, acercó el animal á la balaustada del puente.

—¡Vamos!—añadió,—¡pica espuela y salta!

—¿Adónde? ¡al río!—gritó Rivero horrorizado, tirando de la brida con toda su fuerza.

Un vigoroso latigazo dado en las ancas del animal, le hizo pegar un bote y alzar las manos sobre la barandilla, la cual se derrumbó con el peso del caballo; no pudiendo este mantenerse en las patas traseras, luchó un momento al borde del abismo, y al fin cayó en el espacio arrastrando al jinete al fondo del río....

—¡Buen viaje!—murmuró Enriquez.

Un grito horrible, desgarrador, resonó en los aires, y poco despues un enorme ruido bajo los arcos del puente.

Caballo y caballero se habian estrellado contra las piedras amontonadas por el curso de las aguas en el nacimiento de los pilares.

Los siete hombres subieron en sus monturas y se perdieron al galope entre la niebla que envolvía el camino de Arcos.

Solo quedó el cartujo arrodillado en el lugar de la escena.

Desde entonces, y hasta muchos años despues, los campesinos de los cortijos inmediatos aseguraban que todas las noches saltaba un jinete al río, arrojando un grito lastimero.

T. DE LA V.

ORGULLOSOS Y ORGULLOSAS.

(Conclusion.)

Mientras que estos singulares acontecimientos ocurrían en el Parnaso, el bello Faetonte tuvo un encuentro que ejerció una fatal influencia sobre su vida; y fué el de un hombre de mediana edad que iba errante por el mundo en busca de las mas peligrosas aventuras: llevaba una enorme maza en la mano, un carcax á la espalda, y vestía la piel de un leon que él mismo habia matado, sin embargo de que este animal era el mas feroz que jamás hubo existido.

Este hombre tenia cierto aire de dulzura y benevolencia; en aquel momento buscaba la ruta de un famoso jardín que producía manzanas de oro, y como estas manzanas estaban guardadas por terribles y horrorosos dragones, nuestro aventurero sentía un vivísimo deseo de coger algunas de ellas.

Iba, pues, á la ventura informándose del camino que

debería seguir, cuando llegó á la orilla de un arroyo en el momento en que Faetonte estaba apagando su sed.

Estos dos hombres de tan diferente aspecto se miraron con sorpresa; pero el extranjero, que no era aficionado á perder el tiempo, dijo en seguida:

—¿Podríaís indicarme el camino que debo seguir para llegar al jardín de las Hespérides?

Al oír esta pregunta, Faetonte se sorprendió mas todavía.

—¡Al jardín de las Hespérides! pero, caminante aventurero, ¿con qué objeto quereis ir á un sitio tan peligroso?

—Únicamente por dar tres manzanas de oro á cierto rey, primo mio, que me las ha pedido.

—Entonces ignorais que los que van en busca de esas manzanas no vuelven jamás, porque están guardadas por un terrible dragon de cien cabezas que devora á todos los que se presentan en el jardín.

—¡Sí que lo sé!—repuso con calma el extraño personaje;—pero no me espanto por tan poca cosa, porque desde mi infancia he tenido que habérmelas con serpientes y dragones.

—¡Por Júpiter! ¿quién sois?—exclamó Faetonte lleno de estupor.

—Me llamo *Hércules*,—dijo el extranjero con modestia.

Al oír este célebre nombre, el jóven pastor se levantó, y saludando con respeto al héroe, le dijo:

—Señor, tengo el honor de ser primo vuestro, porque soy hijo de Apolo; si quereis honrarme un momento, durante el cual me conteis vuestra historia, me hareis un gran favor.

—Con tanto gusto, primo mio,—dijo Hércules,—como que estoy fatigado, y un momento de descanso no puede hacerme sino mucho bien.

Dejó la maza sobre el césped en el cual se recostó, y luego comenzó la historia de su vida desde el día en que acostado en el escudo de un guerrero, se vió atacado por dos enormes serpientes que lo hubieran devorado si él no hubiese puesto orden, extrangulándolas con sus pequeñas manos, como hubiera podido hacer con un pájaro; despues refirió cómo, siendo mayor, habia matado al enorme leon cuya piel llevaba, y cómo se valió para dar combate á una espantosa fiera llamada *la Hidra de Lerna*, que solo tenía siete cabezas, es verdad, pero aquellas horribles cabezas tenían el odioso privilegio de reproducirse tan luego como eran cortadas.

—¿Y cómo hicisteis para libraros de aquel mónstruo,—interrumpió Faetonte abriendo los ojos de manera que parecían querer salirse de sus órbitas.

—No hice mas que echarle encima una enorme roca que desenterré al intento. En otra ocasion perseguí á un ciervo por espacio de un año, sin descansar de día ni de

noche un solo instante, y tuve la gloria de cogerlo vivo en un bosque para llevarlo á una dama á quien yo rendia homenajes; otra vez, tuve una série de combates con una raza muy antigua, mitad hombres, mitad caballos, que exterminé para librar al mundo de aquella malvada é in-noble casta; en fin, barrí las caballerizas de *Augias*.

—¿Habeis barrido caballerizas, primo mio?—exclamó el orgulloso Faetonte con desden:—ese es oficio de palafreneros.

—Tal vez para una caballeriza cualquiera,—repuso Hércules sonriendo;—pero yo hubiera desafiado á mil de los mas hábiles á que limpiasen aquella, pues para conseguirlo tuve que cambiar el curso de un rio y hacerlo pasar por la caballeriza. Pero me distraigo ya demasiado,—dijo el intrépido aventurero levantándose,—y no tengo tiempo que perder, porque, como ya os he dicho, quiero tener manzanas de oro, y las tendré.

Hacia algunos instantes que el jóven Faetonte se habia quedado pensativo:

—Si fuérais hijo de Apolo, como yo, ¿qué haríais, primo mio?—preguntó de repente á Hércules.

—Si yo fuese hijo de Apolo, conduciria yo mismo el sol, ó perderia mi nombre,—respondió Hércules desdeñosamente, encogiéndose de hombros.

Y despues de recoger su maza, abrazó á su jóven primo y volvió á ponerse en marcha.

Entretanto, Apolo, despues de haber permanecido algun tiempo con las bellas Musas sus hermanas, montó á Pegaso, su bello caballo alado, y fué á parar al mas hermoso de sus palacios, situado en medio del Olimpo; y allí descansaba rodeado de su córte, es decir, de las Estaciones y las Horas, cuando fueron á decirle que un jóven, que al parecer venia de muy lejos, porque estaba muy empolvado, solicitaba la honra de hablarle.

De los lábios del dios salieron desdeñosamente estas palabras:

—Dejadle entrar.

Y luego que Faetonte se presentó ante él, exclamó Apolo con una sorpresa malcontenta, que ocultó con afectuosa sonrisa:

—¡Por Júpiter! ¿qué tienes que hacer en estos sitios, hijo mio?

—¡Oh, mi amado padre, vengo á ofreceros los homenajes de mi respeto!—respondió el jóven, inclinándose con reverencia ante el dios del día, porque la riqueza de que este se hallaba rodeado habia movido singularmente la ternura de su hijo.

—¡Eso te honra mucho, hijo mio!—dijo irónicamente Apolo, adivinando con vivo desagrado el mal pensamiento de su hijo;—y ahora mismo te irás adonde estabas con los pastores, á quienes nunca has debido dejar.

—¡No me amais, padre mio, cuando me despedís de esta manera!—dijo Faetonte con voz conmovida.

Apolo se sintió enternecido, y estrechando en sus brazos á su hijo, le dijo:

—Si, hijo mio, te amo, y precisamente por eso te alejo de aquí, porque la atmósfera en que vivo seria mortal para tu alma. Espera á que la experiencia te haya hecho juicioso, y entonces te llamaré á mi lado para no separarnos jamás.

Faetonte devuelve al dios de la música y del día las caricias que de él recibe, y despues arrodillándose ante Apolo, le dice:

—¡Oh, padre mio! antes de que me separe de vos, concededme una gracia que alejará para siempre de mi corazón el temor de vuestra indiferencia y vuestro olvido, y me retiraré contento.

Creyendo el dios que su hijo queria obtener algun regalo precioso, se apresuró á hacer la promesa que se le pedia.

—Quizá me lo negueis, padre mio, cuando conozcais el objeto de mis deseos,—repuso Faetonte bajando los ojos con inquietud.

—¡Pero, hijo! ¿quién desconfia de la generosidad de su padre? Para que no dudes, te juro por la Estigia el concederte lo que me pidas, cualquiera que sea su importancia, y tú sabes que este juramente es tan sagrado para nosotros, que el gran Júpiter mismo no se atreveria á faltar á él; habla, pues, ahora con toda confianza.

—Pues bien, para probar á todos que del dueño del día he recibido la luz, dejadme ¡oh padre mio! conducir en vuestro carro al sol durante un día,—respondió Faetonte fijando en Apolo sus ojos radiantes de codicia.

Al oir la peticion pronunciada por su hijo, el dios se dejó caer lleno de estupor en el asiento que le servia de trono, y durante algunos momentos guardó profundo silencio; despues, levantando la cabeza con esfuerzo y mirando á Faetonte con severidad, le dijo con voz grave:

—¿Has reflexionado bien, orgulloso imprudente, en la fatal exigencia que acabas de hacerme?

—Sí, padre mio, é insisto en ella.

—Pero, débil mortal, ¿conoces tú los diversos caminos de los cielos?—replicó el dios del día encogiéndose de hombros con aire desdeñoso de compasion.

—Vuestros caballos deben ser bastante diestros, y no habrá necesidad de guiarlos.

—Pero, ¿no sabes cuán fogosos son, y qué peligros correrás conduciéndolos con mano novicial!—dijo Apolo, en quien la inquietud reemplazaba al despecho en su alma;—no me des el pesar de perderte, hijo mio; renuncia á tu insensato proyecto, y te concederé en compensacion cualquiera otra cosa que desees.

—No deseo mas que esto, padre mio,—interrumpió con impaciencia el orgulloso jóven,—y acordaos que me habeis jurado por la Estigia concedérmelo.

—Voy á cumplir mi juramento; pero, ¡desgraciado de

tí que violentas la voluntad de tu padre!—dijo el dios levantándose con dignidad.

Entonces llamó á las Horas matinales y les ordenó despertar á la Aurora, enganchar el carro del sol y que le avisasen tan luego como todo estuviese dispuesto.

Algunos minutos despues el carro radiante, tirado por ágiles corceles, se presentó delante del palacio del dios del dia.

Faetonte, embriagado de alegría y con el corazon henchido de orgullo, se lanzó ligeramente al carro, asió con presteza las riendas centellantes, y ni aun se tomó el trabajo de escuchar los últimos consejos de su afligido padre, pues este hablaba todavía cuando ya el imprudente jóven iba recorriendo la bóveda celeste.

De súbito, los impetuosos corceles, al sentir que una mano inhábil los suelta en vez de retenerlos, dan botes en los aires, ya lanzándose hácia la morada de los dioses, ya precipitándose para tocar las de los mortales, en una palabra, amenazando abrasar alternativamente la tierra ó los cielos; y no solo Júpiter palideció y tembló en el Olimpo, sino tambien Neptuno en su húmedo reino y Pluton en las entrañas del mundo.

Pero quien sufre mas que nadie, es la pobre Cibeles, que se vé á cada instante próxima á ser devorada por el fuego. Así, con los cabellos en desórden, la frente bañada de sudor y la boca seca y febril, corre al Olimpo y se echa á los piés del gran Júpiter, exclamando:

—¡Oh padre mio, tened compasion de nosotros, ó todos somos perdidos para siempre! ¡Apolo ha confiado el carro del sol á un necio que no sabe conducirlo! ¡Detenedlo, padre mio, ó no hay remedio para nosotros!

El rey de los dioses se sintió muy conmovido de la súplica de Cibeles, y sin duda horrorizado de la calamidad que á él tambien le amenazaba, toma su rayo y con brazo formidable hiere al desgraciado Faetonte, quien, mientras que los corceles sin freno acaban al acaso la carrera del dia, lo que produjo un eclipse de sol en muchos sitios, es juguete de los vientos y de la tempestad, y cae en el Eridan, cuyas ondas espumosas le llevan hácia el Océano casi consumido.

Al saber esta horrorosa desgracia Apolo, con el alma lacerada vuela en auxilio de su desgraciado hijo; pero ¡ay! ya es tarde para salvarle, y como único consuelo cubre aquel cuerpo de un blanco plumaje y lo convierte en un bello cisne que, con las alas desplegadas, nada magestuosamente en la líquida llanura que ha de ser para siempre su morada.

L. C. DE B.

BIBLIOGRAFÍA.

Pocas veces hemos llamado la atencion de nuestras lectoras hácia publicaciones y libros que merezcan su

eleccion y preferencia; mas hoy lo hacemos con tanto mas placer, cuanto mas digno es de ocupar un lugar preferente en la biblioteca de la muger el libro cuyo anuncio insertamos en el correspondiente lugar de la cubierta.

La literatura española, que tantos y tan preciosos monumentos atesora de nuestra armoniosa poesía, acaba de enriquecerse con un precioso libro, de cuyo mérito literario se ha ocupado con mayor competencia que la nuestra toda la prensa periódica, saludándolo como una obra clásica de la época: esto basta para hacer su apología. Nos referimos, pues, á las *Elegías* que acaba de dar á luz el poeta popular, autor de los *Ecos Nacionales*, D. Ventura Ruiz Aguilera. Este lindo poema, inspirado por el mas vivo sentimiento paternal con motivo de la prematura muerte de su hija única, es un modelo digno de estudio para las madres, un raudal de purísimos sentimientos para la familia, y un tesoro del mas elevado espíritu cristiano para la muger, que no debe ignorar uno solo de los accidentes á que el poeta ha descendido en su canto *El dolor de los dolores*. Pero no queremos empequeñecer el mérito de este libro con nuestro propio juicio; y si deseosos de darlo á conocer á nuestras lectoras continuamos dedicándole algunas líneas, hablará por nosotros una distinguida poetisa, que mejor que el hombre ha sabido descubrir y apreciar todas sus bellezas, penetrando en su verdadero espíritu. Hablando del poeta dice: «Parece que estaba delirando á ratos, y á ratos sereno. Habia trabado con la muerte un diálogo sombrío, donde unas veces la demuestra un temerario rencor, y otras una gratitud tiernísima. Las voces de este diálogo son extrañas, como que se dirigen á otro mundo, y las responden bocas que no tienen lengua, y que él dice en su poesía misteriosa ser las voces de los niños que llaman desde los abismos del cielo á la nueva compañera. Son sus versos como esos sonidos que se perciben en las soledades, y que no se sabe de dónde vienen, si de la garganta de un pájaro, ó de la corriente de un manantial, ó del movimiento de los árboles al volar un vientecillo. Lo que hay en ellos que hace estremecer, no son sus ecos agudos, sino sus rumores vagos. Cuando un poeta de alma enérgica como este exhala su dolor en altos gritos, no nos maravilla, porque, conociendo el temple de su musa, aguardamos la explosion de sus ardientes quejas. Pero su débil gemido, sabiendo ya la extension de su padecer, os aseguro que me espanta, porque recuerdo que así se duele el moribundo, cuando no tiene ya fuerzas para sufrir mas. Es este aquel poeta que antes hizo vibrar nuestros corazones con el bravísimo acento de sus *Ecos Nacionales*, y el mismo que parecia no tener amor sino para su pátria. Hoy se vé que tenia otro amor tan grande como aquel; el amor á una niña.» Hablando luego de la composicion, se expresa de la manera siguiente, despues de pasar una revista á varias de sus partes: «Es un espectáculo nuevo el que

presenta este libro, nuevo, no porque no se haya presentado antes, sino porque ha faltado pincel que lo traslade al lienzo con sus blandas formas, su delicado y tierno colorido.» Mas adelante, despues de manifestar que el poeta dedicado á cantar pasiones tumultuosas, no suele inspirarse con el amor inocente y cándido de los niños, exclama: «¡Ah! ¡qué expresion de maternal cariño!» Y por último dice: «En efecto, la primera idea que ocurre al leer esta pequeña coleccion de versos, es que los ha escrito una muger. Su honda ternura, la minuciosa descripción del objeto amado, la tenacidad de sus recuerdos, la insistencia en exacerbarlos, la piedad amarga con que se invoca á la Virgen, y, sobre todo, la ingenuidad de algunos detalles, parecen propios de una muger, de una madre.» Para concluir, y para que nuestras lectoras puedan por sí mismas juzgar, insertamos á continuacion uno de los cantos de este precioso poema. Tomamos el primero, porque no hemos sido capaces, lo confesamos, de hacer eleccion entre tantas bellezas:

I.

Madres, que teneis hijos
En el sepulcro,
Y el corazon cubierto
De eterno luto;
Yo tenderé mis alas,
Y á consolaros
Iré á vuestros hogares:
Yo soy el llanto.

El corazon de un padre
Préstame abrigo,
Y en él tengo, entre espinas,
Mi pobre nido;
Mas ahora lo abandono,
Y á consolaros
Iré á vuestros hogares:
Yo soy el llanto.

Yo soy eco de un alma
Que se consume;
Ave soy, compañera
De los que sufren;
Vuestros ayes me afligen,
Y á consolaros
Iré á vuestros hogares:
Yo soy el llanto.

Llorad, que el llanto alivia;
Llorad conmigo;
Esta historia es la historia
De vuestros hijos.
¡Dichosos los que lloran!...
Porque han amado:
Yo iré á vuestros hogares:
Yo soy el llanto.

EXPOSICION DE LABORES.

En los días 19 y siguientes del mes anterior, acaba de tener lugar la del Colegio francés de señoritas establecido en la calle de Pizarro, bajo la direccion de doña Laura Haquec. Estos actos, que son una excelente novedad en la educacion de las niñas por lo admirablemente que desenvuelven en ellas la mas laudable emulacion para el estudio y laboriosidad, al mismo tiempo que las acostumbra al trato con personas adultas, de quien reciben justas pruebas de distincion y cariño, quisiéramos verlos mas generalizados, y rodeados de cuantas circunstancias pueden influir en sus provechosos efectos. Los del colegio á que nos referimos, se celebraron con toda la solemnidad que en un establecimiento particular puede darles importancia. Las niñas fueron objeto de la cariñosa aten-

cion de sus familias y la complaciente curiosidad de los espectadores, que recorriendo uno á uno todos los trabajos y labores que se hallaban en la sala de la exposicion, y examinándolos detenidamente, admiraban la variedad, delicadeza y buen gusto de todas, y prodigaban justos elogios á las que desde tan tierna edad dan pruebas tan inequívocas de su inteligente aplicacion. En uno de los días que duró esta solemnidad, han ejecutado tambien las alumnas, con admirable inteligencia, acierto y cándida desenvoltura, una funcion lírico-dramática, compuesta de piezas españolas y francesas, que dieron ocasion á repetidos aplausos. La directora premió con delicadeza suma los esfuerzos de las niñas, huyendo de que esta distincion, á la vez que llenaba su objeto, no despertase en el inocente corazon de las niñas sentimientos de vanidad ó prematuro orgullo.

El juicio que los resultados de este acto y de las tareas del colegio ha formado el público, y especialmente los padres de las alumnas, nos relevan de hacer una apreciacion que quizá fuera pálida é incompleta: así, pues, nos limitamos á felicitar á la directora por ellos, al propio tiempo que nos complacemos en ver que la educacion de la muger en la capital vá desenvolviéndose de una manera ventajosa; que cuenta con establecimientos de una instruccion escogida, una educacion completa para todas las clases, y una direccion acertada y eficaz; que emplea las mejores prácticas, y acude á los mas delicados y convenientes medios. Tenemos una satisfaccion en dar á conocer este hecho que merece el mas justo elogio.

Mitad de un cuello á crochet.

Para esta labor se emplea hilo del núm. 120.

Este cuello se compone de ocho grandes estrellas, que se hacen separadamente. Antes de comenzar el centro de cada una, se hacen las cuatro estrellas pequeñas de cinco hojas, que forman su adorno interior, y que enlazadas por un sencillo trabajo, componen las estrellas grandes. Lo cual se ejecuta en la forma siguiente:

Se toman diez mallas y se reunen en redondo.

Segunda vuelta: Cuatro mallas sobre una que se deja debajo y una malla doble cinco veces. Los cinco arcos que se forman inmediatamente, se pasan siempre en malla entera de la manera siguiente:

Tercera vuelta: Una malla doble, dos barretas sencillas, dos barretas dobles, dos barretas sencillas y volver á repetir lo mismo cuanto sea necesario.

Esta tercera vuelta termina la pequeña estrella, y del mismo modo se ejecutarán todas las de su clase. Cuando haya hechas cuatro, se comienza el centro de la gran estrella en la forma siguiente:

Se toman primero cuatro mallas y se reunen en redondo.

Segunda vuelta: doce barretas dobles.

Tercera vuelta: Veinte y cuatro mallas dobles, pasando dos veces el hilo en cada una de las mallas de la vuelta precedente.

Cuarta vuelta: Siete mallas rectas ó salientes, y á su conclusion se une la pequeña á la gran estrella pasando el gancho por el borde exterior de aquella, hecho cerca de la barreta situada delante de la malla doble (sin perder de vista que, desde este momento, las mallas que se hagan irán por el revés de la estrella pequeña). En seguida se pasa el hilo y se forma una malla: despues se pasa el hilo en una de las barretas de en medio; se vuelve á pasar el hilo alrededor del crochet ó gancho; se forma una barreta sencilla en medio de la gran estrella; se pasan dos mallas debajo del principio; se hace una malla suelta; se pasa á la izquierda de la estrella pequeña el hilo por el borde de la barreta colocada encima de la malla doble; despues de lo cual se hacen cuatro mallas sueltas, una barreta doble que une el crochet á la estrella grande; en fin, despues de haber pasado de nuevo tres mallas sueltas, se repite del mismo modo para continuar la estrella.

Debemos notar que para unir convenientemente las estrellas pequeñas á las grandes, se ha de fijar bien la atencion en nuestro dibujo; porque seria difícil hacerlo bien de memoria, en consideracion á que las pequeñas estrellas deben aparecer sencillamente colocadas sobre la grande, procurando que el punto de union se encuentre siempre debajo de las estrellas pequeñas.

Despues que se hayan fijado las cuatro estrellas pequeñas en la primera vuelta de barretas, es preciso, para terminar, enganchar una malla en la cuarta de las siete sueltas que se han formado al principio.

Quinta vuelta: Siete mallas sueltas: en seguida se vuelve la labor al revés y se ejecuta, como indica el dibujo, una malla doble en la curva de la estrella pequeña que se halla al lado derecho, pasando entre las dos barretas dobles. En seguida, y por el revés aun de la estrella pequeña, se hacen cuatro mallas sueltas; despues una malla doble, sobre aquella de entre las diez mallas sencillas de la estrella pequeña que se halla en medio y debajo; despues tres mallas sueltas, y una malla doble pasando el hilo entre dos barretas dobles del lado opuesto en la estrella pequeña. Inmediatamente tres mallas sueltas que sean visibles, á la derecha de la vuelta precedente; luego tres mallas sueltas y se vuelve á empezar del mismo modo.

Al fin de esta vuelta el hilo se pasa por la cuarta barreta de las siete sueltas, y la malla formada así se la fija, pero tirando el hilo bastante adelante para que pueda pasar toda la estrella. En este momento se lleva el hilo á lo largo del revés de la labor, y se le pasa por detrás de las siete mallas sencillas, de las que las cuatro primeras han formado la última barreta por la última malla que se halla pegada á la estrella pequeña.

Sesta vuelta: Nueve mallas salientes. A continuacion una malla doble en la segunda barreta de la estrella pequeña; tres mallas salientes. Desde este momento las mallas deben hacerse al revés de la estrella pequeña; despues una malla doble sobre la malla doble del arco de la misma estrella, que es la mas cercana; tres mallas salientes; una malla doble al borde opuesto de la estrella pequeña, es decir, sobre la primera barreta que sigue á las dos del medio; tres mallas salientes; una barreta simple sobre la primera malla saliente de la vuelta precedente del lado de la estrella pequeña; pero haciendo que las barretas de esta vuelta, y de la vuelta siguiente, que como lo indica el dibujo son menos altas que las de la vuelta precedente, despues de haber pasado el hilo con cuidado por la malla situada debajo para sujetarla á la vuelta que precede, anudándola aun á una malla, antes de sacarla por la malla y por el hilo vuelto alrededor de la aguja. De esta manera se obtiene una barreta un poco mas alta que lo ordinario: pues vienen cinco mallas salientes, una barreta que es preciso sujetar á la tercera de las tres mallas salientes de la vuelta precedente con la pequeña estrella mas próxima; despues tres mallas salientes, y volver á empezarla.

Al fin se forma una malla doble al través de las nueve de las salientes, para que esta vuelta, lo mismo que todas las demás, sea completa por sí misma, despues que el hilo esté ligado á una malla bastante larga para que toda la estrella pueda pasar al través. Se cierra luego la malla y se conduce el hilo al través de la labor, hasta la ante-última malla saliente, colocado al través. En seguida se cierra la estrella y se pasa el hilo por esta malla.

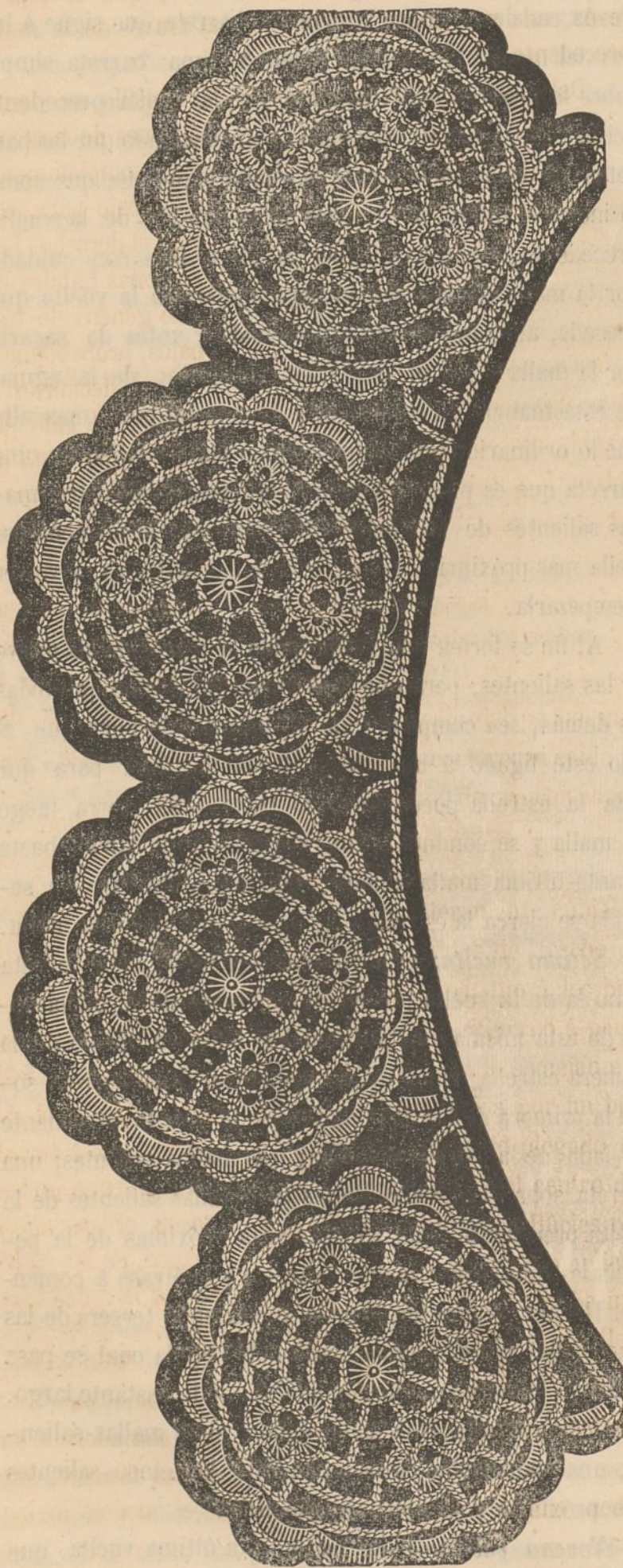
Sétima vuelta: Ocho mallas salientes, una barreta como la de la vuelta precedente al través de la malla doble de esta misma vuelta, la cual se halla en medio de la primera estrella; cinco mallas salientes; una barreta sobre la primera de las tres mallas de la vuelta precedente del lado de la estrella pequeña; tres mallas salientes; una barreta sobre la tercera de las tres mallas salientes de la vuelta precedente, que son las mas próximas de la pequeña estrella; cinco mallas salientes y vuélvase á comenzar. Hechas, y para terminar la vuelta en la tercera de las ocho mallas salientes, una malla doble en la cual se pasa de nuevo la estrella, antes de que se anude bastante largo.

Octava vuelta: Una malla doble; siete mallas salientes; una malla doble en la tercera de las cinco salientes mas próximas y se vuelve á comenzar.

Novena vuelta: Para hacer esta última vuelta, que sirve de orilla á la gran estrella con un guarnecido de pequeños festones, todas las mallas se crocheteen sobre las mallas enteras de la vuelta precedente. Para cada feston son precisas dos mallas dobles, tres barretas, una barreta doble, tres barretas y dos mallas dobles. Para los tres festones que se hallan al lado del cuello se harán de

cada vez cuatro mallas dobles, una barreta y cuatro mallas dobles.

Notaremos que, para preparar la reunion de la segunda estrella grande á la primera, es preciso unir por debajo en la línea de mallas que forma el cuello, el arco que de cada lado de la estrella se fija á él. La simple inspec-



ción del dibujo basta para dirigir la ejecución de esta parte. Continuando con los festones antes de los tres mas cortos próximos al cuello, se formará el segundo feston despues de haber hecho la tercera barreta, nueve mallas salientes vueltas atrás para constituir el noveno feston y

cuya extremidad se fija en medio de una malla doble. Despues que toma la forma, se llega hácia atrás y se observa que cada malla debe ser crocheteada con dos mallas dobles, tres barretas simples, una barreta doble, tres barretas simples y dos mallas dobles. Aquí debemos desde luego venir á la tercera barreta del feston comenzado antes, y se continúan de la misma manera todos los demás. Tambien debemos recordar que, haciendo la vuelta de los festones de la segunda gran estrella y las siguientes, importa no perder de vista que no solamente debe estar cada uno de ellos bien unidos al que le precede inmediatamente, sino que despues de haber terminado los tres festones mas cortos que tocan al cuello, es preciso hacer inmediatamente al cuarto feston el enlace indicado en nuestro dibujo, y que debe reunir la primera y segunda estrella como todas las siguientes. He aquí cómo se ejecuta este enlace:

Despues de haber formado la barreta de en medio, se hacen siete mallas salientes que tienen la union en medio de una malla doble, en la cadena de mallas salientes que termina el cuello y que se montará segun el ancho que se quiera darle. Despues se hacen otras siete mallas salientes, que se unen por una malla doble á la primera estrella, por el último de los tres festones estrechos que vienen al cuello; luego se continúa trabajando hácia atrás y tomando las mallas enteras para cada dos veces y siete mallas salientes.

Llegando al feston de la segunda estrella, se concluye; pero las dos siguientes se las sujeta por la barreta del medio con los dos festones próximos de la primera estrella; se hacen cuatro mallas de una malla doble. El feston siguiente, es decir, la cuatro de las tres pequeñas del sesgo, se ejecuta en seguida. Pero para la quinta, despues que está sujeta á la barreta de en medio, se forman siete mallas salientes, que se las vuelve hácia el cuarto feston y se las sujeta á la barreta de que acabamos de ocuparnos. Sobre estas siete mallas, lo mismo que en todos los demás festones, se hacen dos mallas dobles, tres barretas simples, una barreta doble, tres barretas simples y dos dobles; sin embargo, á la segunda barreta se tendrá cuidado de asegurar este feston, como indica el dibujo, al arco de enlace de la primera estrella; y despues de la última barreta, se formarán aun siete mallas que deben sujetarse particularmente por una malla doble al arco de enlace de la primera estrella y servir para completar el feston.

Para terminar nuestra explicacion, añadiremos aun la cadena de mallas donde se debe montar y fijar el largo del cuello. El arco que sujeta las estrellas por los dos lados á la cadena del cuello se puede formar, ya partiendo de la cadena de este, ya de las mismas estrellas, la pequeña cadena que se hace en cada una.

C. y L.

Bolsillo á crochet.

Se empleará para esta labor cordoncillo de seda ponceau, blanco y negro, y perlas de acero, núms. 4 y 6.

Deseosos de proponer labores que interesan á todas nuestras lectoras, y muy principalmente á aquellas que aun no han adquirido una gran destreza práctica, elegimos siempre las que mejor pueden conducir las á este fin y reunen mas atractivos para despertar en ellas el gusto.

Al ocuparnos hoy de la que representa nuestro dibujo, debemos empezar por una observacion general sobre la manera de hacer bolsillos finos á crochet: observacion que nos parece esencial, porque de ella depende muchas veces el buen resultado de la forma, y siempre la belleza del trabajo.

Todo bolsillo que, á imitacion del que nos sirve de modelo, se compone de dos partes compactas encrochetadas al revés y reunidas inmediatamente, se hace en dos partes separadas, que cada una de ellas se comienza por abajo. La parte que queda abierta en medio, se hace por mitad en cada una de las partes compactas por medio de dos ó tres mallas simples y otras tantas barretas, despues de lo que se reunen las dos partes pasándolas con la ayuda del crochet ó gancho con un hilo de malla á malla opuesta, sin formar malla propiamente dicha. La longitud de las partes compactas, que es de sesenta á sesenta y cuatro vueltas, indica la dimension que se ha de dar al enrejado, el que tendrá en todos sentidos la misma longitud.

Hecha esta observacion preliminar, pasaremos á la ejecucion.

Se tomarán ciento veinte mallas ponceau, que se

reunirán por las dos extremidades de la vuelta, despues de lo que se hará seguir lo mismo. Se continúa trabajando con la seda ponceau, que formará el fondo del bolsillo, con su adorno de perlas, núm. 4, que se deja al revés cada vez que se pasa el hilo al través de la malla precedente.

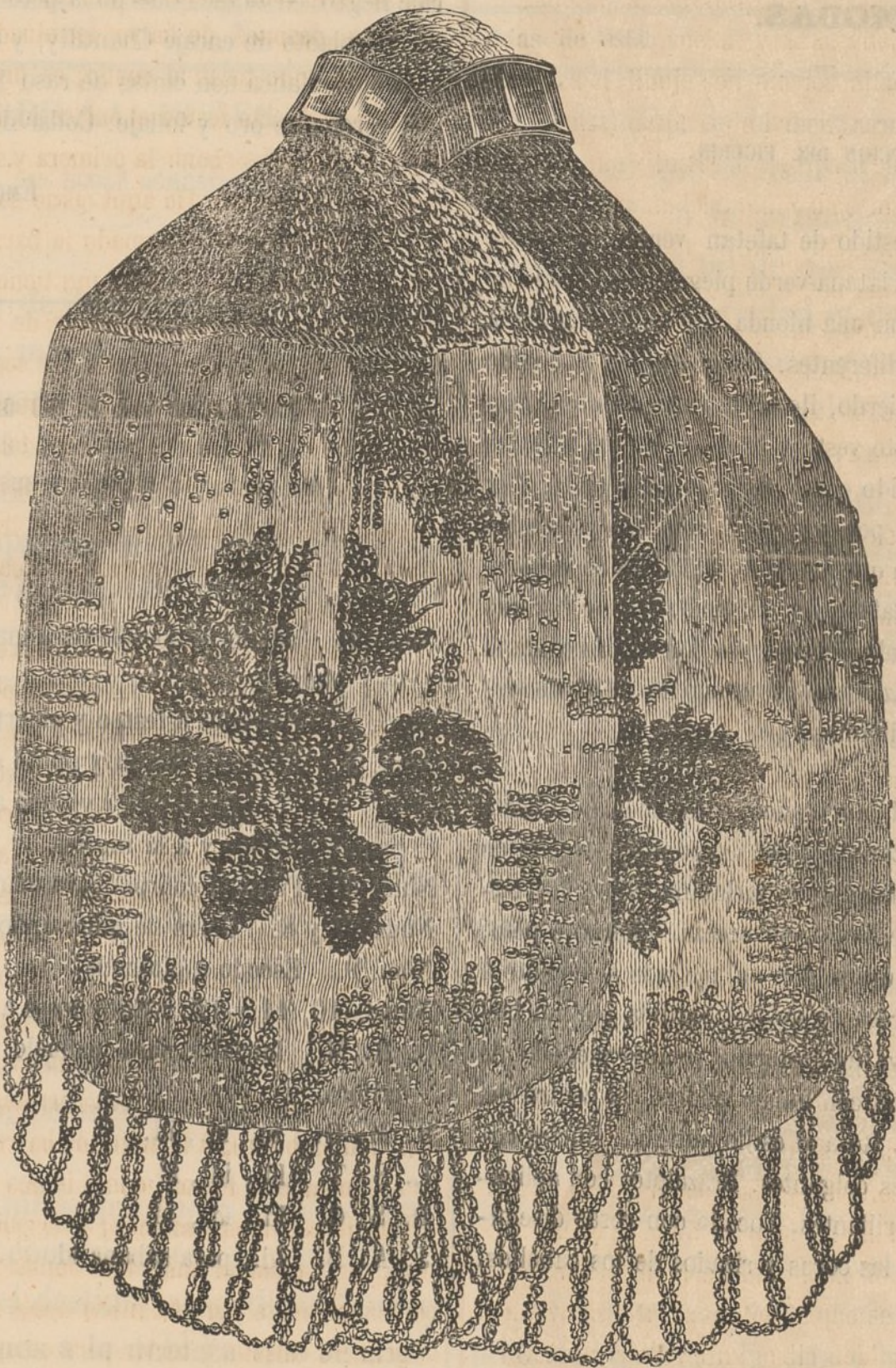
Debemos advertir que el revés del bolsillo, se vuelve despues de concluido completamente el trabajo para formar el derecho. Las personas hábiles en este género de trabajos, probablemente se decidirán á colocar al lado del cordoncillo rojo un hilo blanco, despues uno negro para darle mas variedad y elegancia; porque suponemos que les agrada sacrificar la paciencia para dar placer á sus amigos.

El medallon del medio se hace en seda blanca, despues que se ha sacado por medio del gancho el cabo del cordoncillo del color precedente con las perlas á la izquierda. Las perlas de acero que guarnecen el medallon blanco, se las enfila con la seda blanca para darle mas efecto. El bouquet se hace en seda negra con adornos de perlas de acero, que

deben enfilarse en seda negra, como el modelo lo indica.

La parte del bolsillo que está sobre el bouquet, debe hacerse en seda del mismo color que aquel cuya parte inferior forma. Despues que viene el enrejado, se hace del mismo color. El trabajo se completa por largas franjas de perlas de acero, núm. 6, pasándolas por dos correderas de metal.

Aun puede dársele la modificacion siguiente:



Se dejan á un lado el cordoncillo negro y blanco, y se ejecuta el fondo del bolsillo con cordoncillo ponceau con perlas negras de acero, núm. 1.º Después de esta modificación, se pueden omitir las demás perlas, y el enrejado se ejecuta con seda negra. Hecho de esta manera, queda un bolsillo elegante.

E. y E.

MODAS.

DESCRIPCION DEL FIGURIN.

Traje de baile. Vestido de tafetan verde esmeralda con siete volantes de tarlatana verde plegada en el bajo de la falda, guarnecidos con una blonda blanca, recogidos á ondas en seis puntos diferentes. Solamente en el cogido de enlace, al lado izquierdo, lleva un ramo de rosas con follaje. El cuerpo de este vestido es de peto con adornos de tarlatana y guarnecido con una pequeña blonda. Las mangas están formadas por pequeños volantes colocados en la misma disposicion que los de la falda. En cada hombro hay un cogido de tafetan, y en medio del pecho una rosa. Tocado acompañado de una rosa con trenza caída al lado y hácia atrás. Brazaletes de trenzado de oro con adornos de esmeraldas y brillantes.

Otro. Falda de tafetan blanco enteramente cubierta de bullonados de tarlatana blanca, cogidos de trecho en trecho por un ancho plegado de tarlatana, fijo á los bullones por una greca de terciopelo cereza. Cuerpo á peto, adornado con berta figurada por un plegado semejante á los de la falda, con greca en medio, seguida por un bullonado, en cuyo bajo vá un pequeño volante plegado de tarlatana. Un gran ramo con follaje adorna el centro del pecho. Collar de coral. Rosa al estilo antiguo. Búcles rodeando la oreja con tres colgantes. Brazaletes con aplicación de perlas finas y brillantes. Tocado con rosas diseminadas aquí y allí entre las cocas y rizados de los cabellos.

Otro.—Traje para señorita joven. Falda de tafetan con siete órdenes de rizados pequeños. Camiseta suiza á pliegues: cuerpo bernois á ondas festoneadas todo alrededor. Un bullonado de muselina sobre la manga de la camiseta, que lleva una cinta, núm. 1.º, sobrepuesta á la manga y todo el contorno. Tocado con un cordon de myosotis y una rosa en medio. Terciopelo negro al cuello y brazaletes de oro.

Otro. Falda de tafetan color paja adornada con encaje negro en ziczac. Cuerpo á peto con berta compuesta de un volante de encaje Chantilly, y un volante de encaje ó blonda blanca con cintas de raso hasta abajo. Tocado con corona de oro y follaje. Collar de perlas finas.

EMILIA R. y R.

EXPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

PARA LA EDICION COMPLETA Y SUSCRICION ESPECIAL.

- Núm. 1. Dibujo sembrado para manga de puño á realce y plumetis.
- Núm. 2. Entredos á feston y abierto.
- Núm. 3. Escudo á feston y punto de rosa.
- Núms. 4 y 5. Cuello para vestido abierto y tira para la manga á realce y á la inglesa.
- Núm. 6. Pañuelo con pié para marca á realce.
- Núms. 7 y 8. Gorro de niño: aplicacion.
- Núm. 9. Escudo á plumetis.
- Núms. 10, 11 y 12. Entredoses á realce y abierto.
- C. R. M. Iniciales para pañuelo pedidas por una suscritora.
- S. M. G. Id., id., id.
- L. S. T. Id., id., id.
- D. S. C. Id., id., id.
- J. A. B. Id., para sabana id.